

***J.R.R. TOLKIEN***

**EL HERRERO DE WOOTON MAJOR**

Había una vez un pueblo, no hace mucho tiempo para los de buena memoria, ni muy distante para los de largas zancas. Llevaba el nombre de Wootton Mayor, porque era más grande que Wootton Menor, a pocos kilómetros de distancia en la espesura del bosque; aun así no era muy importante, aunque gozaba por entonces de prosperidad y contaba con un buen número de vecinos buenos, malos y regulares, como es habitual.

Era, a su manera, un pueblo notable, bien conocido en todos los contornos por la destreza de su gente en distintos oficios, pero sobre todo por su arte culinario. Disponía de una gran Cocina, propiedad del Ayuntamiento, y el Cocinero Mayor era todo un personaje. La Residencia del Cocinero y la Cocina lindaban con el Gran Pabellón, el edificio más capaz y antiguo del lugar, y el más hermoso. Estaba hecho de buena piedra y buena madera de roble, y bien cuidado, aunque ya no mostraba las pinturas y dorados que había lucido en épocas pasadas. En él tenían lugar las reuniones y debates de los lugareños, los festejos populares y reuniones familiares. Así que el Cocinero siempre se hallaba atareado, pues a su cargo corría el menú propio de todas estas ocasiones. En cuanto a las muchas fiestas que a lo largo del año se celebraban, la comida se juzgaba adecuada si era abundante y sabrosa.

Una festividad en particular era esperada por todos con especial interés, porque era la única del invierno. Duraba una semana, y al atardecer del último día se ofrecía una gran fiesta, llamada de los Niños Buenos, a la que no se convidaba a muchos. Faltaban, sin duda, algunos que merecían estar invitados, y por error se llamaba a otros que no eran dignos; así son las

cosas, por mucha atención que intenten poner los que velan por tales asuntos. De cualquier forma, era el azar de la fecha de nacimiento lo que sobre todo determinaba que un niño tomase parte en la Fiesta de los Veinticuatro, ya que sólo se celebraba una vez cada veinticuatro años y únicamente se invitaba a veinticuatro muchachos. Todos esperaban que el Maestro Cocinero se luciera de forma especial en ocasión semejante, y además de otros muchos bocados apetitosos era costumbre que preparase una gran tarta. De su buen acierto (o de todo lo contrario) dependía casi exclusivamente que su nombre se recordase, pues rara vez, si alguna había habido, un Cocinero Mayor ocupaba su cargo el tiempo suficiente para preparar una segunda tarta.

Llegó, sin embargo, una ocasión en que el entonces Cocinero Mayor (para sorpresa de todos, pues nunca había ocurrido otro tanto) anunció de pronto que necesitaba unas vacaciones; y se marchó sin que nadie supiera dónde; y cuando algunos meses después regresó, parecía un tanto cambiado. Había sido un hombre afable, al que le agradaba ver divertirse a los demás, si bien él mismo era serio y de pocas palabras. Ahora se mostraba más jovial, y a menudo hacía y decía las cosas más graciosas; y en las fiestas solía incluso entonar canciones jocosas que nadie esperaba en boca de un Cocinero Mayor. También trajo consigo un aprendiz, y eso dejó sorprendido el pueblo.

No era extraño que el Cocinero tuviera un aprendiz. Era lo normal. A su debido tiempo el Cocinero escogía uno y le enseñaba cuanto sabía; y a medida que ambos avanzaban en edad, el aprendiz se iba haciendo cargo del trabajo importante, de suerte que, cuando el Cocinero se retiraba o

fallecía, él ya estaba allí, dispuesto a asumir el cargo y convertirse a su vez en Cocinero Mayor. Pero el actual Cocinero nunca había escogido un aprendiz. Solía decir: —Aún hay tiempo; -o bien: —Tengo los ojos abiertos, y elegiré uno cuando encuentre quien me convenga. -Ahora, en cambio, había traído consigo a un simple chiquillo, y forastero. Era más vivaz que los muchachos de Wootton, de voz suave y muy educado, pero ridículamente joven para el puesto, apenas un adolescente a juzgar por su aspecto. Con todo la elección del aprendiz era asunto del Cocinero y nadie tenía derecho a entrometerse; así que el muchacho se quedó, y vivió con él hasta que tuvo edad bastante para procurarse alojamiento propio. Pronto se acostumbraron a verlo por el pueblo, e hizo unos pocos amigos. Para ellos y el Cocinero, su nombre era Alf; para los demás solamente “el Aprendiz”

La siguiente sorpresa sólo tardó tres años en llegar. Una mañana de primavera el Cocinero Mayor se quitó el gorro blanco de faena, plegó los delantales limpios colgó la chaqueta blanca, tomó un recio bastón de fresno y un hatillo, y se fue. Se despidió del Aprendiz, y nadie más estuvo presente.

—Hasta pronto, Alf, —dijo. —Súpleme en el cargo lo mejor que sepas, que siempre lo harás muy bien. Confío en que no tendrás ningún problema. Si volvemos a encontrarnos, espero que me lo cuentes todo. Diles que he vuelto a irme de vacaciones, aunque esta vez ya no he de regresar.

En el pueblo hubo una gran conmoción cuando el Aprendiz repitió estas palabras a quienes acudían a la Cocina. —¡Qué faena!, -decían. —¡Y sin avisar ni despedirse! ¿Cómo vamos a arreglarnos sin Cocinero Mayor? No ha dejado sustituto. -Nadie en estas discusiones pensó jamás en ascender de

categoría al joven Aprendiz. Ahora era algo más alto, pero seguía teniendo el aire de un muchacho, y sólo llevaba tres años en el puesto.

Por fin, y a falta de otro mejor, eligieron a un vecino que sabía cocinar bastante bien los platos más comunes. De joven había ayudado al Cocinero en días de mucha labor, a pesar de lo cual éste nunca le había mostrado simpatía y no le quiso por aprendiz. Ahora era ya un hombre de cierta posición, casado y con hijos, y mirado con el dinero. —Al menos no desaparecerá sin previo aviso, —dijeron, —y más vale un cocinero regular que estar sin nadie. Faltan siete años para la próxima Gran Tarta y para entonces ya sabrá componérselas.

Nokes, que tal era su nombre, quedó muy satisfecho con el giro que habían experimentado los acontecimientos. Siempre había deseado llegar a Cocinero Mayor, y jamás había dudado que podría salir airoso. Durante algún tiempo, a solas en sus dominios, solía encasquetarse el gorro blanco y mirarse en una sartén bruñida, mientras decía: —¿Qué tal, Maestro? No te sienta mal el gorro, parece hecho a medida. Confío que todo te vaya, bien.

Y le fue bastante bien, porque al principio Nokes se esforzó cuanto pudo, y contaba con la ayuda de Alf. Verdad es que aprendió mucho de él, observándolo con disimulo, aunque Nokes nunca admitió tal cosa. Pero con el paso del tiempo se acercaba también la Fiesta de los Veinticuatro, y Nokes tuvo que pensar en la preparación de la Gran Tarta. Aun sin manifestarlo, el asunto lo tenía intranquilo, porque a pesar de que con la práctica de siete años podía elaborar tartas y dulces aceptables para ocasiones normales, sabía que se esperaba con expectación su Obra Magna y que tendría que dejar satisfechos a críticos severos, no sólo a los niños. También había que

preparar otro pastel más pequeño de idénticos ingredientes y elaboración para los que venían a ayudar en la Fiesta. Se suponía, además, que la Gran Tarta había de contener algo novedoso y sorprendente, no limitándose a ser una mera repetición de la anterior.

Entendía que, básicamente, habría de ser muy dulce y sabrosa, y decidió que iría por entero cubierta de azúcar glaseado, que al Aprendiz le salía muy bien. —Eso le dará el aire encantador de un cuento de hadas, -pensó. Hadas y dulces eran dos de las muy escasas nociones que conservaba sobre gustos infantiles. Creía que al crecer uno se olvida de las hadas; no obstante, él seguía muy aficionado a los dulces. —¡Ah, las hadas!, -dijo. — Eso me da una idea. -Y así fue cómo se le ocurrió que podría colocar en medio de la Tarta, en lo alto de un pináculo, una figurilla vestida toda de blanco, con una varita mágica que rematase en una estrella de brillante metal; y a sus pies, en letras rosas glaseadas, “La Reina de las Hadas”

Mas cuando empezó a disponer los ingredientes para la Tarta, comprobó que sólo tenía vagas nociones de lo que debía ir *dentro*; así que acudió a algunos viejos libros de recetas que hablan pertenecido a cocineros anteriores. Lo dejaron perplejo, aun en los casos en que llegaba a entender la letra, porque citaban muchas cosas de las que no habla oído hablar, y otras que habla olvidado y que ahora no tenía tiempo de obtener; pero pensó que podía probar con una o dos especias de las que hablaban los libros. Se rascó la cabeza y recordó una vieja caja negra con distintos compartimientos, donde el último cocinero había guardado tiempo atrás las especias y otros artículos para las tartas de importancia. No la había visto

desde que se había hecho cargo del puesto. Después de buscar un poco, la encontró en un estante alto de la despensa.

La bajó y sopló el polvo que cubría la tapa, pero al abrirla vio que quedaban muy pocas especias, y que estaban secas y rancias. Sin embargo, en un compartimiento arrinconado advirtió una estrella diminuta, apenas mayor que una moneda de seis peniques, oscurecida como si fuese de plata y hubiese perdido el brillo.

—¡Qué gracioso!, -comentó mientras la levantaba a la luz.

—¡No, no lo es!, -dijo tras él una voz, tan de improviso que le hizo dar un respingo. Era la voz del Aprendiz, que jamás había hablado antes al Cocinero en ese tono. Lo cierto es que muy raramente le dirigía la palabra, a menos que Nokes lo hiciese primero. Todo muy bien y muy propio de un jovenzuelo; puede que sea hábil con el azúcar glasé, pero aún le queda mucho por aprender: tal era la opinión de Nokes.

—¿Qué quieres decir, jovencito?, -dijo con cierto desagrado. —Si no es gracioso, ¿qué es entonces?

—Es mágica, -respondió el Aprendiz. —Viene del País de Fantasía.

El Cocinero se echó a reír. —De acuerdo, de acuerdo, -dijo. —Es casi lo mismo; pero si prefieres, llámalo así. Algún día crecerás. Ahora puedes seguir quitando las pepitas a las pasas. Si ves alguna de ese extravagante país, dímelo.

—¿Qué va a hacer con la estrella, Maestro?, -preguntó el Aprendiz.

—Colocarla en la Tarta, naturalmente, -contestó el Cocinero. —Nada más propio, sobre todo sí procede de Fantasía, -ironizó. —Seguro que has ido, y no hace mucho por cierto, a esas fiestas infantiles en que se esconden en los

dulces baratijas como ésta, y calderilla, y cosas por el estilo. Al menos así se hace en este pueblo. A los niños les gusta.

—Pero eso no es una baratija, Maestro, es una estrella mágica, -arguyó el Aprendiz.

—Ya te lo he oído antes, -replicó el Cocinero. —Muy bien. Se lo diré a los niños. Les hará reír.

—No lo creo, Maestro, -dijo el Aprendiz. —Pero es lo que hay que hacer, de acuerdo en eso.

—¿Con quién te crees que estás hablando?, -dijo Nokes.

A su debido tiempo la Tarta quedó fabricada, pasó por el horno y se la cubrió de azúcar; casi todo lo hizo el Aprendiz.

—Como estás tan empeñado con lo de Fantasía, te dejo hacer la Reina, -le dijo Nokes.

—Muy bien, Maestro, -contestó. —Si está muy ocupado, lo haré. Pero ha sido idea suya, no mía. —Me toca a mí tener ideas, no a ti, -dijo Nokes.

La Tarta se alzó durante la Fiesta en el centro de una larga mesa, rodeada por un círculo de veinticuatro velas rojas. Remataba en una pequeña montaña blanca por cuyas laderas brotaban arbolillos que relucían como cubiertos de escarcha; y en la cumbre se veía una figura blanca y menuda apoyada sobre un solo pie como nívea bailarina; llevaba en la mano una diminuta varita mágica de azúcar, resplandeciente de luz.

Los niños la miraron con ojos extasiados, y uno o dos aplaudieron y exclamaron: —¡Es preciosa, como en un cuento de hadas. -Al Cocinero le agradó el comentario, pero el Aprendiz parecía contrariado. Allí estaban los

dos: el Maestro para cortar la Tarta cuando llegase el momento, y el Aprendiz para afilar el cuchillo y entregárselo.

El Cocinero lo tomó por fin y se acercó a la mesa. —He de deciros, queridos niños, -comenzó, —que bajo esta capa de azúcar hay una tarta con muchas cosas sabrosas; y muy dentro hay también otras muchas cosillas bonitas, chucherías, pequeñas monedas y así, y me han dicho que trae suerte encontrarlas en el trozo que os toque. Hay veinticuatro en toda la Tarta, de modo que toca una a cada uno, si la Reina de las Hadas juega limpio. Aunque no siempre lo hace, porque es algo tramposilla. El señor Aprendiz lo sabe muy bien. -El Aprendiz se apartó y observó con atención las caras de los niños.

—¡No! ¡Se me olvidaba!, -dijo el Cocinero. —Esta tarde hay veinticinco. Hay también una estrellita de plata con una magia especial, o eso dice el señor Aprendiz. Así que tened cuidado. Si os rompéis con ella uno de esos preciosos dientes, la estrella mágica no os lo podrá arreglar. De todas formas, espero que dar con ella os traiga una ventura especial.

Fue una buena Tarta, y nadie pudo ponerle reparos, a excepción del tamaño, que no fue el que se requería. Una vez cortada cada niño recibió un gran trozo, pero no sobró nada, así que no hubo segunda vuelta. Pronto se acabaron las porciones, y de vez en cuando aparecía una chuchería y una moneda. Hubo quien encontró una, otros dos y algunos ninguna; así es la suerte, tanto si hay una figura con varita mágica en la Tarta como si no. Mas cuando terminaron con todo el dulce no apareció rastro alguno de la estrella maravillosa.

—¡Vaya por Dios, -dijo el Cocinero. —Eso quiere decir que después de todo, no era de plata: debe de haberse derretido. O quizá el señor Aprendiz llevaba razón y era realmente mágica, y se ha esfumado sin más y ha regresado al País de Fantasía. No me parece una broma muy adecuada. Sonrió al Aprendiz con afectación y éste le devolvió una mirada seria y en ningún momento sonrió.

No obstante, la estrella de plata era en verdad una estrella encantada; el Aprendiz no solía equivocarse en este tipo de cosas. Lo que había sucedido es que uno de los muchachos de la Fiesta se la había tragado sin percatarse, si bien había encontrado en su porción una moneda de plata y se la había dado a Nell, la niña que tenía al lado y que parecía tan contrariada por no haber hallado nada en su trozo. A veces el muchacho se preguntaba qué habría sido de la estrella, sin saber que la llevaba dentro, escondida en algún lugar donde pasaba inadvertida, que era lo que se pretendía que sucediese. Allí permaneció durante mucho tiempo, hasta que también le llegó su hora.

La Fiesta tuvo lugar a mediados del invierno, pero ya era el mes de junio y la noche apenas si traía consigo alguna oscuridad. Como no tenía sueño, el muchacho se levantó antes del amanecer: era su décimo cumpleaños. Miró por la ventana y el mundo le pareció tranquilo y expectante. El airecillo, fresco y fragante, agitaba el último sueño de los árboles. Luego vino el día, y oyó en la distancia los primeros gorjeos matutinos de los pájaros, *ín crescendo* a medida que se le acercaban, hasta que lo inundaron por entero, esparciéndose por los campos vecinos y pasando hada el oeste como una ola de música mientras el sol se asomaba por la orilla del mundo.

—Me recuerda el País de Fantasía, -oyó decir a su propia voz. —Pero allí también canta la gente. -Comenzó entonces a cantar, alto y claro, con palabras extrañas que parecía saber de memoria; y en ese momento la estrella le cayó de la boca y él la recogió en la palma de la mano. Era ahora de plata reluciente y brillaba a la luz del sol; temblaba, empero, y se alzó levemente como si estuviese a punto de levantar vuelo. Sin pensarlo, el muchacho se golpeó la frente con la mano y allí quedó en el centro la estrella, y allí la llevó durante muchos años.

Pocos del pueblo la notaron, aunque no resultaba imperceptible para unos ojos atentos, y por lo común no brillaba lo más mínimo. Algo de su luz pasó a los ojos del muchacho; y la voz, que ya desde el momento mismo en que la estrella vino a él había empezado a embellecerse, se hacía cada vez más hermosa a medida que él crecía. A la gente le gustaba oírle, aunque sólo fuesen los “buenos días”.

Llegó a ser bien conocido en la región por su destreza en el trabajo, no sólo en su propio pueblo sino en otros muchos de los alrededores. Su padre era herrero, y él continuó el oficio y lo mejoró. Mientras su padre vivió, a él lo llamaron el *hijo del herrero*; después, sólo *el herrero*, porque para entonces era ya el mejor desde el lejano lugar de Easton hasta el Bosque del Oeste, y en su fragua podía hacer toda clase de objetos de hierro. Casi todos, naturalmente, comunes y prácticos, destinados a las necesidades de cada día: aperos para el campo, herramientas de carpintero, utensilios y cacharros de cocina, barras, cerrojos y bisagras, ganchos para las ollas, morrillos de chimenea, herraduras y cosas así. Eran resistentes y duraderos,

pero ofrecían también un aire agradable, con formas bien modeladas para su clase, de buen manejo y buen aspecto.

Pero cuando tenía tiempo hacía algunas cosas por pura afición; y eran hermosas, porque sabía dar al hierro formas admirables, que parecían tan ligeras y delicadas como un ramo de hojas y flores, aunque conservaban la fuerte consistencia del metal e incluso parecían más duras. Pocos podían pasar frente a una de sus verjas, o rejas, sin detenerse a admirarlas; nadie podía cruzarlas una vez cerradas. Solía cantar mientras trabajaba en estas cosas, y cuando el herrero iniciaba su canto los que estaban cerca detenían la labor y acudían a la fragua a escucharlo.

La mayoría no sabía nada más de él. Cierto que este reconocimiento era suficiente; más del que casi todos los vecinos del pueblo llegaban a alcanzar, aun aquellos que eran buenos artesanos y muy trabajadores. Sin embargo había algo más. Porque el herrero llegó a visitar el Reino de Fantasía y conocía algunas de sus regiones tan bien como les es dado conocerlas a los mortales; aunque como muchos se parecían a Nokes, a pocas personas les hablaba de esto, si excluimos a su mujer y sus hijos. Su esposa era Nell, a quien diera la moneda de plata, y de quien había tenido a Nan y a *Ned, el hijo del herrero*. A ellos no podía haberles ocultado de ninguna forma el secreto, porque en ocasiones veían que la estrella le brillaba en la frente, al regreso de un viaje o de alguno de los largos paseos solitarios que solía hacer por las tardes.

De vez en cuando se marchaba, bien a pie o a caballo, y todos suponían que era por negocios; y a veces era cierto, a veces no. De cualquier forma, no lo hacía por conseguir encargos para la fragua o por comprar lingotes,

carbón u otros suministros, si bien cuidaba con detalle de tales menesteres y sabía doblar el valor de un honrado penique, como entonces se decía. Pero tenía en Fantasía sus propios asuntos, y allí era bien recibido; porque la estrella le resplandecía en la frente y él se hallaba todo lo seguro que un mortal pueda estarlo en este peligroso país. Los Pequeños Males rehuían la estrella, y estaba a salvo de los Grandes.

De lo cual se sentía agradecido, porque pronto adquirió experiencia y entendió que uno no puede acercarse sin riesgo a las maravillas de Fantasía, y que a muchos de los Males no se les puede desafiar sin armas adecuadas, demasiado poderosas para que un mortal cualquiera las maneje. Siguió siendo un observador atento, no un guerrero, y aunque con el tiempo podría haber forjado armas que en su propio mundo habrían tenido el poder suficiente para convertirse en tema de grandes leyendas o costar lo que el rescate de un rey, sabía que en Fantasía habrían sido de muy escaso valor. Así que no se recuerda que entre todas las cosas que hizo forjarse nunca una espada, una lanza o una punta de flecha.

En Fantasía se relacionó al principio, discretamente, casi siempre con la gente más sencilla y las criaturas más amables, en los bosques y prados de sus hermosos valles o junto a las aguas transparentes donde de noche brillaban astros extraños y al amanecer se reflejaban las cumbres destellantes de las lejanas montañas. Algunas de sus visitas más breves transcurrían con la sola contemplación de un árbol o una flor; pero después, durante viajes algo más largos, había visto cosas hermosas y al tiempo terribles, que luego no lograba recordar con claridad ni describir a sus amigos, aunque sabía que se mantenían vivas en su corazón. Pero de otras

cosas no se olvidaba, y perduraban en su mente como maravillas y misterios que rememoraba con frecuencia.

Cuando las primeras veces empezó a alejarse sin guía, pensó que llegaría a descubrir los confines más apartados del país, pero como ante él se levantaron montañas enormes, hubo de rodearlas por largos senderos hasta llegar por fin a una costa desolada. Allí se detuvo, a la orilla del Mar de las Tormentas sin Vientos, donde las olas azules como colinas nevadas se acercan en silencio desde la Oscuridad hasta la extensa playa, preñadas de blancas naves que regresan del combate en las Fronteras Tenebrosas nunca conocidas por el hombre. Vio que un gran navío era lanzado con fuerza tierra adentro, y las olas retrocedieron sin sonido envueltas en espuma. Eran altos los marineros élficos, y terribles; brillaban las espadas, destellaban las lanzas, y había en sus ojos un penetrante fulgor. De pronto alzaron sus voces en un himno de triunfo, y el corazón se le estremeció de temor y cayó con el rostro en tierra, y ellos pasaron sobre él y desaparecieron en las resonantes colinas.

Nunca más fue a aquella orilla, en la creencia de estar en un país rodeado todo por el mar, y volvió la atención a las montañas con la idea de alcanzar el interior del Reino. En uno de tales vagabundeos lo sorprendió una niebla gris y anduvo largo tiempo desorientado, hasta que la niebla siguió su camino y él descubrió que se hallaba en una dilatada llanura. Muy a lo lejos se divisaba un gran cerro de sombra; y de aquella sombra, que era su raíz, vio que se alzaba hasta el cielo, más alto que todas las torres, el Árbol del Monarca. Y era su luz como la del sol a mediodía; y a un mismo tiempo

ofrecía hojas, flores y frutos sin número, y ninguno de ellos se asemejaba a los demás que crecían en las ramas.

Nunca volvió a ver aquel Árbol, aunque lo buscó a menudo. Durante uno de estos viajes, mientras subía a las Montañas Exteriores, descubrió entre ellas una cañada angosta en cuyo fondo había un lago tranquilo e inmóvil a pesar de la brisa que agitaba el bosque circundante. La luz era en aquel lugar como un atardecer carmesí, pero nacía del lago. Contempló las aguas desde un pequeño acantilado de la orilla y le pareció que podía ver hasta una profundidad inconmensurable. Vio allí llamas de formas extrañas que se inclinaban, ramificaban y ondulaban como algas gigantes en una fosa marina, y criaturas de fuego que pululaban entre ellas. Lleno de asombro bajó hasta la orilla y tocó el agua con el pie, pero no era agua; era algo más duro que la piedra y más liso que el cristal. Se adentró unos pasos y se hundió pesadamente, y un resonante estruendo cubrió el lago y retumbó por las márgenes. La brisa se transformó al punto en viento desatado, que bramó como una enorme bestia y lo sacó a la superficie y lo lanzó a la orilla, y lo empujó pendiente arriba, volteándolo y dejándolo caer como una hoja seca. Tendió los brazos al tronco de un joven abedul y se abrazó a él, y el viento luchó contra ambos con violencia tratando de desasirlo; pero las ráfagas doblaban hasta el suelo el abedul, que lo protegía con sus ramas. Cuando el viento por fin pasó, se puso en pie y vio que el árbol estaba desnudo. Había quedado despojado de todas sus hojas, y lloraba, y las lágrimas caían de sus ramas como gotas de lluvia. Puso la mano en la blanca corteza y dijo: —¡Bendito seas, abedul! ¿Qué puedo hacer para resarcirte, o para darte las gracias? -Sintió que la respuesta del árbol pasaba a través de

su mano: —Nada, -dijo. —¡Vete! El viento te persigue. Tú no perteneces a este lugar. ¡Vete, y no regreses más!

Mientras subía los últimos escarpes del valle notó que las lágrimas del abedul se deslizaban por su propio rostro, y en los labios le supieron a amargura. Siguió su largo camino con el corazón entristecido, y durante mucho tiempo no volvió a Fantasía. Mas no pudo apartarla de su memoria; y cuando regresó, el deseo de adentrarse en el país era aún más vehemente.

Dio por último con una ruta que atravesaba la Cordillera Exterior y la siguió hasta alcanzar las Montañas Interiores. Eran altas, escarpadas y sobrecogedoras. Al fin encontró, sin embargo, un desfiladero al que podía tener acceso, y al cabo de varios días de considerable riesgo atravesó una estrecha grieta y vio a sus pies, aunque aún no sabía su nombre, el Valle de la Eterna Mañana. El verde supera allí el color que los prados tienen en la costa de Fantasía, como éstos sobrepasan el verde de nuestra primavera; el aire es tan claro que los ojos llegan a distinguir las rojas lenguas de los pájaros que cantan en los árboles del último confín del valle, aunque éste es muy vasto y las aves son del tamaño del ruiseñor.

Por el interior las montañas perdían altura en pendientes suaves, cubiertas por el rumor de cascadas burbujeantes, y apresuró el paso, animado y feliz. Al poner el pie en la hierba del valle oyó los cantos de los elfos; y en un prado junto a un río resplandeciente de lirios topó con un grupo numeroso de doncellas que estaban bailando. La ligereza, la gracia y las formas siempre cambiantes de sus movimientos lo dejaron asombrado, y se aproximó al corro. De pronto ellas se quedaron inmóviles, y una joven de cabello ondulante y falda de amplios pliegues salió a su encuentro.

La risa se mezcló con sus palabras al decirle: —¿No te estás volviendo temerario, Frente Estrellada? ¿No tienes miedo de lo que puede decir la Reina si llega a enterarse de esto? A menos que tengas su permiso. -Quedó desconcertado al reconocer su propio pensamiento y saber que la joven lo leía: había creído que la estrella en la frente era un pasaporte para ir donde quisiese; y ahora sabía que no era así. Pero ella le sonrió, y volvió a decirle: —¡Ven! Ya que estás aquí, baila conmigo; -y le llevó de la mano hasta el corro. Bailaron juntos, y por un momento supo lo que era gozar de la ligereza y el ímpetu y la dicha de acompañarla. Sólo por un momento. Se detuvieron enseguida, o así le pareció, y ella se inclinó a recoger una flor blanca y se la puso a él en el pelo. —¡Ahora, adiós!, -dijo. —Puede que, si la Reina lo permite, volvamos a vernos.

Después de este encuentro no le quedó ningún cuerdo del viaje de regreso, hasta que se vio cabalgando por los caminos de su propio país; en algunos pueblos la gente lo miraba con asombro y se quedaba contemplándolo hasta que se perdía de vista. Cuando llegó al hogar, su hija corrió a su encuentro y lo recibió con alegría: había vuelto antes de lo esperado, aunque nunca es demasiado pronto para el que espera. —¡Papá!, -exclamó. —¿Dónde has estado? Tu estrella brilla mucho.

Al cruzar el umbral la estrella se tornó de nuevo mortecina; pero Nell lo tomó de la mano y lo llevó hasta la chimenea, y allí se volvió y lo miró. — Querido, -le dijo, —¿dónde has estado y qué es lo que has visto? Tienes una flor en el pelo. -La retiró con cuidado de la cabeza y la sostuvo en la mano. Parecía algo divisado a una gran distancia, y sin embargo estaba allí y despedía un resplandor que proyectaba sombras en las paredes de la

habitación, donde ya crecía la penumbra de la tarde. La sombra del herrero se alzaba por encima de la mujer e inclinaba hacia ella una cabeza majestuosa. —Pareces un gigante, papá, -comentó su hijo, que aún no había dicho nada.

La flor no se marchitó, ni perdió la luz; y la conservaron como un secreto y un tesoro. El herrero hizo un pequeño cofre con cerradura, y allí la guardaron, y la familia, se la fue transmitiendo de generación en generación; y los que heredaban la llave solían abrir a veces el cofre y se quedaban contemplando la Flor Viva hasta que la tapa volvía a cerrarse porque no elegían ellos el momento en que esto ocurría.

El paso de los años no se detuvo en el pueblo. Habían transcurrido muchos. Cuando el herrero recibió la estrella de la Fiesta de los Niños, todavía no había cumplido los diez. Después llegó otra Fiesta de los Veinticuatro, y para entonces Alf era Cocinero Mayor y había elegido un nuevo aprendiz, Harper. Doce años más tarde el herrero había regresado con la Flor Viva, y ahora iba a celebrarse en el próximo invierno otra Fiesta infantil de los Veinticuatro. Un día de aquel año el herrero paseaba por los bosques de la zona costera de Fantasía. Era otoño. Hojas doradas colgaban de las ramas y en el suelo había hojas rojas. Unos pasos se le acercaron por detrás, pero no les prestó atención ni se dio vuelta, porque estaba absorto en sus pensamientos.

Había recibido en aquella ocasión la orden de emprender un viaje, que le pareció más dilatado que todos los que hasta entonces había hecho. Tuvo guías y escolta; no obstante, guardó escasos recuerdos de los senderos recorridos, porque a menudo la niebla y las sombras lo desorientaron; hasta

que, por último, alcanzaron un paraje elevado bajo un cielo de astros innumerables. Allí lo condujeron ante la propia Reina. No llevaba corona ni tenía trono. Estaba en pie rodeada de majestad y gloria, y circundada de un gran ejército que resplandecía y brillaba como las estrellas en lo alto; pero ella sobresalía por encima del hierro de las lanzas, y sobre su cabeza ardía una llama blanquecina. Con un ademán le indicó que se acercara, y él dio un paso adelante, estremeciéndose. Sonó clarísima una trompeta, y he aquí que de pronto se encontraron solos.

Estaba frente a ella, y no dobló la rodilla en señal de acatamiento, porque se sentía anonadado y sabía que todo gesto era vano en alguien tan pequeño como él. Alzó al fin la mirada y vio los ojos y el rostro de la Reina, inclinados con gravedad hacia él; y se sintió inquieto y confundido, pues en aquel momento la reconoció: era la hermosa doncella del Valle Verde, la bailarina a cuyos pies brotaban las flores. Sonrió ella al advertir sus recuerdos y se le acercó; y hablaron largo rato, casi siempre sin palabras, y aprendió de ella muchas cosas, de las que algunas lo alegraron y otras lo llenaron de tristeza. Retrocedió después en el tiempo con la imaginación, rememorando su vida hasta llegar al día de la Fiesta de los Niños y su encuentro con la estrella, y volvió súbitamente a ver la figurilla danzante con la varita mágica, y apartó avergonzado los ojos de la hermosura de la Reina.

Pero ella se rió como ya lo había hecho en el Valle de la Eterna Mañana. — No te aflijas por mí, Frente Estrellada, -dijo, —ni te avergüences demasiado de tu propia gente. Acaso valga más una figurilla que el total olvido de Fantasía. Para algunos ése es el único atisbo; para otros es el despertar. Desde aquel día tú siempre has sentido en el corazón el deseo de verme, y

yo he accedido a él. Pero nada más puedo darte. Al despedirme voy ahora a hacer de ti mi mensajero. Si ves al Rey, dile: Ha llegado la hora. Que escoja.

—Pero, Señora de Fantasía, -balbuceó, —¿dónde está el Rey? -Porque muchas veces había hecho esta pregunta a la gente de Fantasía y todos daban la misma respuesta: —No nos lo ha dicho.

Y respondió la Reina: —Si él no te lo ha dicho, Frente Estrellada, tampoco yo puedo hacerlo. Pero viaja con frecuencia y puede encontrarse en lugares insospechados. Arrodíllate ahora en pleitesía.

Se arrodilló y ella se inclinó y le puso la mano en la cabeza y una gran calma descendió sobre él; y parecía estar simultáneamente en el Mundo y en Fantasía, y al mismo tiempo fuera de ambos, contemplándolos, de modo que se sintió a la vez desvalido, poderoso y en paz. Cuando después de un rato la quietud pasó, alzó la cabeza y se levantó. El cielo amanecía, palidecían las estrellas y la Reina había desaparecido. Muy a lo lejos se escuchó el eco de una trompeta que sonaba en las montañas. El paraje elevado donde se encontraba estaba silencioso y desierto, y sabía que ahora su camino lo llevaba de nuevo al desamparo.

A sus espaldas quedaba ya muy distante el lugar de aquel encuentro, y aquí estaba él ahora, caminando entre hojas caídas y considerando todo lo que había visto y aprendido. Los pasos se aproximaron. Una voz dijo entonces de improviso a su lado: —¿Vas en esta dirección, Frente Estrellada?

Se sobresaltó, y salió de su abstracción y vio junto a él a un hombre. Era alto, y caminaba con paso ligero y apresurado; vestía todo de verde oscuro y llevaba una capucha que le ensombrecía parcialmente el rostro. El herrero

quedó perplejo, porque sólo los habitantes de Fantasía le llamaban *Frente Estrellada*, aunque no recordaba haber visto allí antes a este hombre; y no obstante advertía con desasosiego que el otro lo conocía: —¿A dónde te diriges?, -preguntó.

—Vuelvo a tu pueblo, -contestó el hombre, —y espero que tú también.

—Así es, -dijo el herrero. —Podemos ir juntos. Pero ahora que me acuerdo... Antes de iniciar el regreso una Gran Dama me confió un mensaje; pronto, sin embargo, estaremos saliendo de Fantasía y no creo que yo retorne nunca aquí. ¿Y tú?

—Yo sí. Puedes confiármelo.

—Pero es un mensaje para el Rey. ¿Sabes dónde encontrarlo?

—Sí. ¿Cuál era el mensaje?

—La Dama sólo me pidió que le dijera: *Ha llegado la hora. Que escoja.*

—Entiendo. No te inquietes más.

Luego continuaron uno al lado del otro en silencio; sólo se oían las hojas al quebrarse bajo sus pies; pero al cabo de unas pocas millas, todavía dentro de las fronteras de Fantasía, el hombre se detuvo. Se volvió hacia el herrero y retiró la capucha. Su acompañante lo reconoció entonces. Era Alf, el Aprendiz, como el herrero todavía lo llamaba en su fuero interno, recordando siempre el día en que vio al joven Alf en el Pabellón con el reluciente cuchillo en la mano para cortar la Tarta y los ojos resplandecientes a la luz de las velas. Ahora tenía que ser un anciano, porque había sido Cocinero Mayor durante muchos años; pero allí, de pie bajo la fronda del Bosque Exterior parecía el Aprendiz de mucho tiempo

atrás, aunque con mayor señorío: no tenía canas, ni arrugas en el rostro, y los ojos le brillaban como si reflejaran una luz.

—Me gustaría hablar contigo, herrero, antes de llegar a tu país, -dijo. El herrero se quedó sorprendido, porque también él había deseado a menudo conversar con Alf, y nunca había podido hacerlo. Alf siempre lo saludaba con palabras afables y lo había mirado con ojos amistosos, a pesar de que parecía evitar hablar a solas con él. Ahora contemplaba al herrero con mirada amable; pero alzó la mano y tocó con el dedo índice la estrella de la frente.

Desapareció su reflejo en los ojos de Alf, y supo entonces el herrero que la estrella era la fuente de aquella luz, que tenía que haber estado brillando con fuerza, pero que en este momento se había oscurecido. Quedó sorprendido y retrocedió enfadado.

—¿No crees, Maestro Herrero, -dijo Alf, —que ya es hora de renunciar a esto?

—¿Es de tu incumbencia, Maestro Cocinero?, -respondió el herrero. —¿Y por qué habría de renunciar? ¿No es mía? Ella me eligió a mí. ¿No puede uno quedarse con las cosas que recibe, al menos como recuerdo? —Algunas sí. Las que son regalos y se dan como recuerdo. Pero otras no se dan así. No pueden pertenecer siempre a una sola persona, ni ser consideradas como patrimonio familiar. Están en préstamo. No has pensado que tal vez alguien más pueda necesitaría. Pero así es. El tiempo apremia.

El herrero se sintió entonces perturbado, porque era un hombre generoso y recordaba con gratitud todo lo que debía a la estrella.

—¿Qué debo hacer, pues?, -preguntó. —¿He de dársela a uno de los Grandes del Reino de Fantasía? ¿Debo dársela al Rey? -Y mientras decía esto nació en su corazón la esperanza de poder volver a Fantasía con semejante misión.

—Podrías dármela, -dijo Alf, —pero eso acaso te resulte demasiado duro. ¿Querrías acompañarme hasta mi despensa y volverla a poner donde tu abuelo la dejó? —No lo sabía, -dijo el herrero.

—Soy el único que lo sabe. Estábamos los dos solos. —Supongo entonces que conoces cómo consiguió la estrella y por qué la dejó en la caja.

—La traje de Fantasía: eso ya lo sabías, antes de preguntarlo, -contestó Alf. —La dejó allí con la esperanza de que pudiera llegar a ti, que eras su único nieto. Me lo dije porque pensó que yo podría arreglarlo. Era el padre de tu madre. No sé si ella te habló mucho de él, si es que llegó a tener mucho que contar. Se llamaba Trotamundos, y fue un gran viajero: había visto muchas cosas, y pudo también hacer otras muchas antes de asentarse y llegar a Cocinero Mayor. Pero se fue cuando tú sólo tenías dos años, y no lograron encontrar a nadie mejor que Nokes, pobrecillo, para ocupar el puesto. Sin embargo, y como esperábamos, con el tiempo yo llegué a Cocinero. Este año volveré a hacer una gran Tarta: no se recuerda a nadie más que la haya hecho dos veces. Me gustaría poner allí la estrella.

—De acuerdo, la tendrás, -dijo el herrero. Miró a Alf como si estuviera intentando leerle los pensamientos. —¿Sabes quién la va a encontrar?

—¿Te importa eso, Maestro Herrero?

—Me gustaría saberlo, si tú lo sabes, Maestro Cocinero. Podría hacerme más llevadera la pérdida de algo que estimo tanto. Mi nieto es demasiado pequeño.

—Puede que sí, puede que no. Ya veremos, dijo Alf.

Nada más se dijeron, y siguieron do ruta hasta salir de Fantasía y llegar por fin al pueblo. Una vez allí se encaminaron al Pabellón; y en la Tierra se estaba entonces poniendo el sol y una luz roja llenaba los ventanales. Brillaban en la enorme puerta los tallos doradas y desde las gárgolas del tejado miraban rostros extraños y multicolores. No hacía mucho que habían renovado las vidrieras y pinturas del Pabellón, lo que había dado lugar a muchos debates en el Ayuntamiento. A unos les desagradaba, y dieron en llamarlo *novedoso*; pero otros de mayores luces sabían que aquello significaba un retorno a las antiguas costumbres. No obstante, como a nadie le supuso ni un solo penique y parecía que el propio Maestro Cocinero corría con los gastos, se le permitió llevar a cabo sus deseos. Pero el herrero no lo había visto nunca bajo una luz semejante y se quedó parado contemplando con asombro el Pabellón, y olvidado de lo que allí le traía.

Sintió que lo tocaban en el brazo, y Alf le hizo rodear el edificio hasta una portezuela trasera. La abrió y guió al herrero por un corredor estrecho hasta la despensa. Allí encendió un velón, abrió una alacena y bajó de un estante la caja negra. Le habían sacado brillo y adornado con cintas plateadas.

Levantó la tapa y mostró la caja al herrero. Había un pequeño compartimiento vacío; los demás estaban ahora llenos de especias frescas, de fuerte aroma. Los ojos del herrero comenzaron a llenarse de lágrimas. Se llevó la mano a la frente y la estrella se desprendió con facilidad, pero sintió

una súbita punzada de dolor y las lágrimas le rodaron por las mejillas. Aunque la estrella volvió a brillar con fuerza en su mano, no podía verla, y sólo distinguía un borroso fulgor que le parecía muy lejano.

—No puedo ver bien, -dijo. —Tendrás que ponerla tú por mí. -Extendió la mano, y Alf tomó la estrella y la colocó en su lugar y la estrella se apagó.

El herrero se dio vuelta sin añadir una palabra y se encaminó a tientas hasta la puerta. En el umbral advirtió que la vista se le volvía a aclarar. Anocheecía, y el lucero de la tarde brillaba próximo a la luna en un cielo luminoso. Al detenerse un momento a contemplar su hermosura, sintió una mano en el hombro y se volvió.

—Me has dado la estrella sin nada a cambio, -dijo Alf. —Si aún deseas saber en qué niño va a recaer, puedo decírtelo.

—Claro que sí.

—En quien tú indiques.

El herrero quedó desconcertado y su respuesta no fue inmediata. — Bueno, -dijo vacilante. —No sé qué pensarás de mi elección. Imagino que tienes escasos motivos para sentir afecto por el nombre de Nokes; pero en fin, su bisnieto Tim va a ir a la Fiesta. Su padre es algo muy distinto.

—Lo he notado, -dijo Alf. —Tuvo una madre sensata. —Sí, hermana de mi mujer. Pero, aparte del parentesco, yo quiero a Tim. Aunque no sea una elección obvia.

Alf sonrió. —Tampoco tú lo eras, -dijo. —Pero estoy de acuerdo. La verdad es que yo ya había señalado a Tim.

—Entonces, ¿por qué me pediste que escogiera? —Fue deseo de la Reina. Sí hubieses elegido a otro, yo me habría conformado.

El herrero miró despacio a Alf. Luego, súbitamente, se inclinó en una profunda reverencia. —Por fin entiendo, Señor, -dijo. —Ha sido demasiado honor.

—Ha merecido la pena, -respondió Alf. —Ahora regresa en paz a tu hogar.

Cuando el herrero llegó a su casa en las afueras del pueblo, al poniente, su hijo estaba a la puerta de la fragua. Acababa de cerrarla, concluido el quehacer diario, y estaba mirando el camino blanco por el que su padre solía regresar de los viajes. Al oír pasos se volvió, sorprendido de verlo venir del pueblo, y corrió a su encuentro. Lo apretó entre sus brazos en calurosa bienvenida.

—Te estaba esperando desde ayer, papá, -dijo. Luego, observando el rostro de su padre, comentó preocupado: —¡Qué cansado pareces! ¿Vienes desde muy lejos? —Sí, desde muy lejos, hijo. Todo el camino desde el Alba hasta el Atardecer.

Entraron juntos en la casa, que estaba a oscuras, a excepción de las llamas que palpitaban en la chimenea. Encendió su hijo las velas y durante un rato estuvieron sentados junto al fuego sin hablar, pues una gran fatiga y aflicción se había apoderado del herrero. Por fin miró a su alrededor, como si volviera en sí, y dijo: —¿Por qué estamos solos?

Su hijo lo miró con atención. —¿Por qué? Mamá está en Wootton Menor, en casa de Nan. Su niño cumple dos años. Contaban con que tú también estuvieras allí. —¡Ah, sí! Debía haber ido. Debía haberlo hecho, Ned, pero me entretuvieron; y he estado ocupado en cosas que durante algún tiempo me han hecho olvidar todo lo demás. Me he acordado, no obstante, del pequeño Tom. -Se llevó la mano al pecho y a un monedero de suave piel. —

Le he traído algo. Es posible que el viejo Nokes diga que es una baratija... Pero proviene de Fantasía, Ned. -Sacó de la bolsa un pequeño objeto de plata, que semejaba el tallo liso de un lirio diminuto en cuyo extremo brotaban tres flores delicadas que se inclinaban como verdaderas campanillas. Y eran campanillas, porque al moverlas ligeramente cada flor repicó con una nota clara y tímida. Vacilaron las velas con el dulce sonido y resplandecieron luego por un momento con luminosa blancura.

El asombro dilató los ojos de Ned. —¿Puedo verlo, papá?, -preguntó. Lo tomó entre los dedos con cuidado y miró dentro de las flores. —¡Qué maravilla de trabajo!, -dijo. —Y las campanillas tienen olor, papá: un aroma que me recuerda..., me recuerda, bueno..., algo que he olvidado.

—Sí, el olor se sigue notando algún tiempo después del tintineo de las flores. Pero no tengas miedo de tocarlo, Ned. Está hecho para que sirva de juguete a los niños: ni pueden estropearlo ni a ellos les hará ningún daño.

El herrero volvió a poner el regalo en el monedero y lo guardó. —Mañana lo llevaré yo mismo a Wootton Menor, -dijo. —Es posible que Nan, su marido y tu madre me perdonen. En cuanto al pequeño Tom, aún no tiene edad para distinguir un día de otro..., ni las semanas, los meses o los años.

—Así es... Vete tú, papá. A mí me agradecería acompañarte, pero por ahora no puedo acercarme a Wootton Menor. Aunque no te hubiese estado esperando tampoco podría haber ido hoy. Hay mucha labor pendiente, y más que está a punto de llegar.

—¡No, no, hijo! ¡Tómame un día de fiesta! Que sea abuelo no significa que se me hayan debilitado los brazos. ¡Que venga trabajo! Ahora va a haber

aquí cuatro manos para hacerle frente todos los días laborables. No volveré a salir de viaje, Ned; viajes largos, ya sabes a qué me refiero.

—¿Va a ser así, papá? Me preguntaba qué habría ocurrido con la estrella. ¡Es lástima! -Tomó la mano de su padre. —Lo lamento por ti. Pero también tiene su lado bueno para esta casa. ¿Sabes, Maestro Herrero? Todavía puedes enseñarme mucho, si dispones de tiempo. Y no me refiero únicamente al trabajo del hierro.

Cenaron juntos, y mucho después de haber terminado todavía seguían sentados a la mesa, mientras el herrero contaba a su hijo el último viaje a Fantasía y otras cosas que le venían a la memoria... Sin embargo, no aludió para nada al próximo portador de la estrella.

Por fin su hijo lo miró y dijo: —Padre, ¿recuerdas el día en que regresaste con la Flor y yo dije que, por la sombra, parecías un gigante? Aquella sombra era la Verdad, como lo era la misma Reina con quien estuviste bailando. Y a pesar de todo has renunciado a la estrella. Espero que la reciba alguien con iguales merecimientos. El muchacho debiera estar agradecido.

—El muchacho no lo sabrá, -dijo el herrero. —Así son esos regalos. Bueno, ya está hecho. La he pasado a otro y vuelvo al martillo y las tenazas.

Es extraño, pero el viejo Nokes, que se había burlado del Aprendiz, nunca había logrado olvidarse de cómo la estrella desapareció de la Tarta, a pesar de que aquello había sucedido hacía muchos años. Su gordura y holgazanería habían ido en aumento, y se había retirado del puesto a los sesenta (que en el pueblo no era una edad avanzada) Tenía ahora cerca de los noventa, y una corpulencia enorme, porque seguía comiendo en abundancia y lo chiflaba el azúcar. Si no estaba sentado a la mesa, pasaba

la mayor parte del día en un sillón junto a la ventana de su casa o, si hacía buen tiempo, en la puerta. Le gustaba charlar, pues aún le quedaban por airear muchas ideas; pero últimamente su charla solía derivar hacia aquella Gran Tarta que él había hecho (cosa que creía a pies juntillas), porque siempre que se dormía la vela en sueños. El Aprendiz se detenía a veces a conversar con él un minuto o dos. El viejo cocinero le seguía llamando por ese nombre y esperaba que a él se le llamara *Maestro*. Así procuraba hacerlo el Aprendiz, lo que era un punto a su favor, aunque Nokes sentía mayor simpatía por otras personas.

Una tarde Nokes cabeceaba en su silla junto a la puerta después de comer. Despertó sobresaltado y vio al Aprendiz de pie junto a él, contemplándolo. —¡Hola!, -dijo. —Me alegro de verte, porque sigo dándole vueltas a aquella Tarta. De hecho estaba pensando en ella ahora mismo. Nunca he hecho otra mejor, que no es poco decir. Pero acaso tú la hayas olvidado.

—No, Maestro. Me acuerdo muy bien. Pero, ¿qué es lo que le inquieta? Fue una buena Tarta, y todos disfrutaron de ella y la encontraron.

—Naturalmente, como que la hice yo. Pero no es eso lo que me preocupa. Es aquella pequeña baratija, la estrella. No consigo explicarme qué fue de ella. Es evidente que no se derritió. Yo sólo lo dije para evitar que los niños tuvieran miedo. Me pregunto si no se la tragaría alguno de ellos. Aunque no es probable. Te puedes tragar una de esas monedillas y no darte cuenta, pero no aquella estrella. Aunque era pequeña, tenía puntas afiladas.

—Sí, Maestro. Pero, ¿sabe con seguridad de qué estaba hecha? No le dé más vueltas. Le aseguro que alguien se la tragó.

—Pero, ¿quién? ¡Vamos, tengo buena memoria! Y de una forma u otra sigo recordando aquel día. Puedo repetir los nombres de todos los niños. Déjame pensar. ¡Tiene que haber sido Molly, la hija del molinero! Tenía un gran apetito y en un segundo engulló su trozo. Ahora está gorda como una foca.

—Sí, algunas personas se ponen como focas, Maestro. Pero Molly no hizo desaparecer su parte en un santiamén. Encontró dos regalillos.

—¡Ah! ¿Sí? Bueno, entonces fue Harry, el del tonelero. Un muchacho como un barril y con una boca grande como una rana.

—Yo habría dicho, Maestro, que era un chico agradable con una sonrisa amplia y amistosa. De todos modos, tuvo tanto cuidado que desmenuzó por entero su parte antes de comérsela. Y no encontré sino pastel.

—Entonces tiene que haber sido aquella niña pálida, Lily, la hija del pañero. De muy niña solía tragarse alfileres y nunca le pasó nada.

—Lily no, Maestro. Sólo comió la corteza y el azúcar, y lo de dentro se lo dio al chico que tenía al lado.

—En ese caso, me rindo. ¿Quién fue? Tú parece haber estado observando con mucha atención. Si no estás inventándotelo todo.

—Fue el hijo del herrero, Maestro. Y creo que le vino bien.

—¡Vamos!, -se rió Nokes. —Pude haberme dado cuenta de que estabas jugando conmigo. ¡No seas ridículo! El hijo del herrero era entonces un muchacho tranquilo y reposado. Ahora mete más ruido: tengo entendido que es algo poeta. Pero es precavido. No hay peligro con él. Mastica dos veces antes de tragar, y siempre lo ha hecho, a ver si me entiendes.

—Sí Maestro. Bueno, si no cree que fue él, nada puedo hacerle. Acaso tampoco importe mucho ahora. ¿Se quedará más tranquilo si le digo que la estrella ya está otra vez en la caja? Mírela.

El Aprendiz llevaba una capa de color verde oscuro, en la que Nokes no había reparado hasta entonces. De entre sus pliegues sacó la caja negra y la abrió ante las mismas narices del anciano cocinero. —Aquí está la estrella, Maestro. En este rincón.

El viejo Nokes empezó a toser y estornudar, pero por fin miró dentro de la caja. —Así es, -dijo. —Al menos se le parece.

—Es la misma, Maestro. Hace aún pocos días que yo la puse aquí. Y este invierno volverá a estar en la Gran Tarta.

—¡Ají!, -dijo Nokes, mirando de soslayo al Aprendiz. Y luego se estuvo riendo hasta que todo él se convulsionó como si fuera de gelatina. —¡Ya veo, ya veo! Veinticuatro muchachos y veinticuatro porciones con su respectiva sorpresa, y la estrella en una porción extra. Así que la escamoteaste antes de la cocción y te la guardaste para otra oportunidad. Siempre fuiste un pillastre; un vivo, pudiera decirse. Y ahorrador: no desperdiciabas ni una brizna de mantequilla. ¡Ja, ja, ja! De modo que así fue. Debía haberío supuesto. Bueno, pues ya se ha aclarado. Ahora puedo echar tranquilo una cabezada. -Se arrellanó en la silla. —¡Cuidado con que tu aprendiz no te juegue a ti alguna treta! Dicen que uno siempre encuentra la horma de su zapato. -Y cerró los ojos.

—Adiós, Maestro, -dijo el Aprendiz, cerrando la caja con un golpe tal que el cocinero volvió a abrir los ojos. —Nokes, -dijo, —eres tan sabio que sólo dos veces me he aventurado a decirte algo. Te dije que la estrella venía de

Fantasía, y acabo de decirte que la recibió el herrero. Y te has reído de mí. Añadiré una sola cosa más antes de marchar. ¡No vuelvas a reírte! Eres un viejo impostor, vanidoso, gordo, holgazán y bellaco. Yo hice casi todo tu trabajo. Sin darme jamás las gracias, aprendiste de mí cuanto te fue posible.... menos el respeto por Fantasía y un poco de educación, que ni siquiera te alcanza a darme los buenos días.

—Si de educación hablamos, -dijo Nokes, —por ningún lado la veo en tus insultos a quienes te superan en años y condición. ¡Vete al diablo con tu Fantasía y tus memeces! ¡Buenos días!, si eso es lo que estabas esperando. ¡Ahora lárgate! -Agitó burlonamente la mano. —Si tienes escondido en la cocina a uno de esos fantásticos amigos tuyos, envíamelo y le echaré un vistazo. Si agita su varita mágica y logra adelgazarme, le tendré en mayor estima, -rió.

—¿Dispones de unos momentos para el Rey de Fantasía? -respondió su interlocutor, que para consternación de Nokes crecía cada vez más en altura a medida que hablaba. Se echó atrás la capa. Llevaba el atuendo de Cocinero Mayor en día de gala, pero las ropas blancas resplandecían y destellaban, y en su frente apareció una joya de gran tamaño, como una radiante estrella. Era el suyo un rostro joven, aunque severo.

—Anciano, -dijo, —al menos en años no me superas. En cuanto a mejor que yo, a menudo te has burlado de mí a mis espaldas. ¿Quieres desafiarme ahora abiertamente? -Dio un paso adelante y Nokes se apartó asustado. Intentó pedir socorro a gritos, pero descubrió que apenas sí le salía un hilo de voz.

—¡No, Señor!, -musitó. —¡No me haga daño! ¡Sólo soy un pobre anciano!

-El rostro del Rey se aplacó. —¡Ay, sí! Razón tienes. No temas, tranquilízate. Pero, ¿no esperas que el Rey de Fantasía haga algo por ti antes de irse? Que tu deseo se cumpla. ¡Adiós! Duerme ahora.

Se envolvió de nuevo en la capa y partió en dirección al Pabellón. Pero antes de que desapareciera de su vista, los ojos atónitos del viejo cocinero ya se habían cerrado, y comenzó a roncar.

Cuando volvió a despertarse, el sol se estaba poniendo. Se frotó los ojos y se estremeció ligeramente, porque el aire otoñal era fresco. —¡Agh! ¡Qué sueños!, -dijo. —Debe de haber sido la carne de cerdo que he comido. -A partir de entonces tuvo tanto miedo a sufrir malos sueños como aquél, que apenas se atrevía a comer algo por temor a que le sentase mal, y sus comidas vinieron a ser muy frugales y sencillas. Pronto adelgazó, y la ropa y la piel le colgaban en arrugados pliegues. Los niños le llamaban Viejo Espantapájaros. Después, durante algún tiempo, descubrió que podía volver a dar unas vueltas por el pueblo y caminar sin más ayuda que un bastón. Y vivió muchos años más de los que hubiera vivido de la otra forma. Se comenta que llegó incluso a cumplir el siglo: la única cosa digna de recuerdo que hizo. Pero hasta su último año de vida pudo oírsele decir a todo el que quería prestar oídos a su relato: —Inquietante, podríais decir; aunque un sueño estúpido, cuando piensas en ello. ¡Rey de Fantasía! ¡Pues vaya! No tenía ni varita mágica. Y si dejas de comer, adelgazas. Eso es lógico. Cae por su peso. No tiene nada de mágico.

Y llegó el día de la Fiesta de los Veinticuatro. Allí estaba el herrero para cantar sus canciones y su mujer para atender a los niños. El herrero los contempló mientras cantaban y bailaban, y pensó que eran más hermosos y

vivaces de lo que ellos habían sido en su infancia... Súbitamente se le ocurrió preguntarse qué habría estado haciendo Alf en sus ratos libres. Cualquier niño parecía digno de recibir la estrella. Pero la mirada del herrero seguía casi siempre a Tim: un muchachito más bien regordete, torpe en el baile, aunque con una voz dulce cuando cantaba. Estaba sentado a la mesa en silencio observando cómo afilaban el cuchillo y partían la Tarta. Inesperadamente, alzó la voz: —Señor Cocinero, córteme sólo un trozo pequeño, por favor. He comido tanto que me siento bastante lleno.

—Bueno, Tim, -dijo Alf. —Voy a cortarte un trozo especial. Vas a ver qué bien te lo comes.

El herrero estuvo atento mientras Tim comía el pastel con parsimonia, aunque con evidente deleite; pero pareció decepcionado al no encontrar ninguna sorpresa ni moneda. Pronto, sin embargo, comenzó a brillarle en los ojos una luz, y se echó a reír y se llenó de contento, y cantaba en voz baja para sí mismo. Luego se levantó y empezó a bailar solo, con una gracia extraña que nunca antes se le había notado. Todos los niños reían y aplaudían.

—Entonces todo va bien, -pensó el herrero. —Así que eres mi heredero. Me gustaría saber a qué lugares inciertos ha de llevarte la estrella. ¡Pobre viejo Nokes! Aunque supongo que nunca llegará a saber que en su propia familia ha ocurrido algo tan sorprendente.

Nunca lo supo. Pero en aquella fiesta sucedió algo que le agradó sobremanera. Antes de finalizar, el Maestro Cocinero se despidió de los niños y de todos los presentes.

—Ha llegado la hora de decirnos adiós, -comentó. —Dentro de un día o dos me marcharé de aquí. El Maestro Harper está ya bien preparado para hacerse cargo del puesto. Es muy buen cocinero y, como sabéis, es de vuestro propio pueblo. Yo regreso a casa. No creo que me echéis de menos.

Los niños despidieron al Cocinero con buen humor, y le dieron las gracias afectuosamente por su hermosa Tarta. Sólo el pequeño Tim le cogió la mano y le dijo muy quedo: —Lo siento.

De hecho, en el pueblo hubo varias familias que durante algún tiempo echaron de menos a Alf. Algunos de sus amigos, en particular el herrero y Harper, lamentaron su marcha y cuidaron de los dorados y pinturas del Pabellón en recuerdo suyo. Casi toda la gente, no obstante, se sintió satisfecha. Llevaba mucho tiempo con ellos y no sintieron que se produjese un cambio. Pero el viejo Nokes golpeó el suelo con su bastón y dijo con rotundidad: —¡Por fin se ha ido! Y sé de alguien que se alegra. A mí nunca me agradó. Era un pillo. Demasiado listo, diría yo.